

ESTADO DE LA CRITICA SOBRE

LA LITERATURA BARROCA EN HISPANOAMERICA

I

Creo que se justifica dar una visión del estado actual de la crítica sobre la literatura barroca en Hispanoamérica. En primer lugar, porque el crecimiento de esa crítica, y aportes valiosos, aparecidos sobre todo en los últimos años, respalda con creces un intento de este carácter. Con el agregado de que —aquí— no se trata sólo de aportes sino, en buena medida también, de un desarrollo que corre paralelamente a un cambio ostensible en la valoración de un fenómeno cultural. Digo esto porque no cabe duda de que tal cosa ocurre, a lo largo del siglo xx, con mucho de lo relacionado con el barroquismo y su particular sector literario. O, si preferimos, con el otrora vapuleado sector literario.

Se ha avanzado, especialmente, en el terreno básico de las ediciones, y, no menos, en un más profundo conocimiento de los mejores escritores. Para medir esta situación, basta tener presente, como ejemplos rotundos, el material de textos accesibles y los juicios acumulados por la crítica del siglo xix. La comparación con lo realizado en este siglo, sobre todo en los últimos treinta o cuarenta años, prueba hasta donde hemos llegado en la mejoría.

Naturalmente (y repito algo que ya dije en varias ocasiones) queda todavía bastante trecho por recorrer. Pero me parece justo, en primer término, destacar los avances realizados. Por supuesto, quedan aún "críticos" aferrados a antiguos conceptos y nombres. Otros hay

que parecen estar "más al día", aunque revelan no conocer los textos que comentan. Y no hablemos de ciertos mariposeos (no sería justo llamarlos "críticas") que no demuestran lo que petulantemente —y, por lo común, negativamente— afirman...

Pero vayamos a lo positivo. Destaco una vez más el notorio adelanto que se ha hecho. Consideremos el signo de la crítica que prevaleció durante mucho tiempo (todo el siglo XIX y parte del XX) sobre la literatura barroca. Se la llamara o no con ese nombre.

Circunscribiéndonos a la órbita que nos interesa, la hispanoamericana, ¿cómo puede extrañarnos el signo negativo que prevaleció, si los críticos más destacados daban el ejemplo? En fin, para sintetizarlo con un único nombre respetable, baste con mencionar el de Menéndez y Pelayo, de sobra conocido. "Mal gusto", "aberración", "engendros", "monstruosidad", "aborto de la naturaleza", "jeroglífico", etc., son algunas de las tachas que la crítica del siglo XIX suele usar con mayor frecuencia para referirse a obras que hoy llamamos barrocas.

Claro está que en determinados casos la condenación es merecida. ¡Hay para elegir en aquella abundantísima cosecha! La injusticia está en que, por lo común, el vilipendio no establece excepciones. Mejor dicho, es total. Como contraste, descubre también, con frecuencia, que el juicio destructivo es sólo una manera de justificar lo que se desconoce o se conoce muy superficialmente.

II

Un intento de establecer la posición actual de la crítica debe —me parece— partir de esta verdad: si bien los avances son parciales, es evidente que los buenos escritores anteriores al siglo XIX son captados cada vez mejor, a través de buenos textos (en ocasiones, de ediciones críticas y ediciones comentadas), a través de buenos estudios. Y, también, a través de estudios enlazadores, sobre todo en relación a las raíces de algunas literaturas nacionales o de determinados temas y sectores. Quizás por esto, porque se está en el camino firme (y el único que puede llevar a la meta cierta) faltan los buenos enfoques generales. Quiero decir, obras que procuren aprovechar conscientemente el previo trabajo de acarreo que, por descontado, hay que conocer y medir. En nuestro tema, más necesario por las dificultades bibliográficas y la extensión espacial que las investigaciones requieren.

Atendiendo, pues, a un orden natural, veamos en primer tér-

mino lo relativo al sector de los escritores barrocos, considerados individualmente, y sus obras.

Sin negar la posibilidad de conferir nuevas dimensiones a autores poco valorados, es explicable que sean aquellos que ostentan el nivel más alto los que han despertado mayor dedicación de la crítica. Dentro de nuestra lista, especialmente Balbuena, Alarcón, Domínguez Camargo, Espinosa Medrano, Caviedes y Sor Juana Inés de la Cruz. A su vez, esto no quita que escritores como Oña y Sigüenza y Góngora (valgan los ejemplos) cuenten igualmente con una bibliografía nutrida. En fin, estableciendo particulares grupos, de acuerdo a su importancia y tributos críticos, claro está que conviene colocar en primer lugar los nombres de Alarcón y de Sor Juana.

ALARCÓN

En el caso de Juan Ruiz de Alarcón, es sabido que la abundante bibliografía que se le vincula no tiene que ver, salvo limitadas proporciones, con su origen americano, ni con su posible presencia en el cuadro de las letras de este continente. Ya hemos mencionado este problema (repito: más enunciado que probado). No hace mucho, el hispanista francés Serge Denis reaccionaba, al estudiar su lengua, contra el pretendido "mexicanismo" de Alarcón (ver *La langue de J. R. de Alarcón*, París, 1943), y más recientemente, Alva V. Ebersole, siguiendo los pasos de Denis, aspira a mostrar, más bien, la identificación de Alarcón con el ámbito español (ver *El ambiente español visto por Juan Ruiz de Alarcón*, Valencia, 1959). Con todo, me parece que el tema no está agotado.

Valioso fue el primer tomo de los *Studi di Letteratura Spagnole*, publicado en Roma en 1953, y dedicado a la obra de Alarcón. Figuran allí trabajos de Giancarlo Mancini, Carmelo Samonà, Inoric Pepe, Lore Terracini y Emilia Mancuso. Importante también, la edición mexicana de las *Obras completas* de Alarcón, recientemente terminada (edición, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo, e Introducción de Alfonso Reyes, 3 tomos, México, 1957, 1959 y 1968).

Agreguemos estudios anteriores: de Pedro Henríquez Ureña (*Don Juan Ruiz de Alarcón*, ver 2ª ed., La Habana, 1915), de Griswold Morley (*Studies in Spanish dramatic versification of the "Siglo de Oro": Alarcón and Moreto*, Berkeley, Cal., 1918), de Alfonso Reyes (diferentes estudios y su prólogo a Alarcón, *Teatro*, Madrid, 1923), de Julio Jiménez Rueda (*Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo*, Méxi-

co, 1939), de Antonio Castro Leal (*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, México, 1943)...

De esta manera, tenemos una visión más cabal de la forma en que la crítica de nuestro siglo, fundamentalmente, ha contribuido a perfilar mejor al dramaturgo americano. Aunque, repito, hay problemas aún, como el del zarandeado americanismo, que están lejos de haber sido resueltos. Por nuestra parte, situamos a Alarcón como figura de enlace entre dos mundos, aceptando también que uno de ellos es, en mucho, prolongación del otro.

OR JUANA

La Monja de México es uno de los temas preferidos de la bibliografía hispanoamericana de este siglo. La razón esencial de ese interés reside, por supuesto, en el valor de su obra. En todo caso, podría agregarse que, aparte de ese básico motivo, se juntan otros motivos de atracción (como su condición de mujer, su compleja personalidad, su cultura, etc.).

De más está decir que Sor Juana merece esta dedicación.

En primer lugar, destaquemos la edición de las *Obras completas*, emprendida por Alfonso Méndez Plancarte, y que la muerte le impidió terminar. La completó A. G. Salceda (4 vols., México, 1951-1957). Y ya que hablamos de ediciones, conviene tener en cuenta una situación particularísima, aunque explicable. De su famoso poema *Primer sueño*, como una respuesta a las extrañas resonancias de sus versos, se han publicado en este siglo diversas ediciones: la que realizó Ermilo Abreu Gómez (en *Contemporáneos*, de México, 1928, I, págs. 273-313; y II, págs. 46-54); la de Natalicio González (México, 1951); la de Alfonso Méndez Plancarte (México, 1951; ver también la que figura en las *Obras completas*); la de Gerardo Moldenhauer (Buenos Aires, 1953); la de Giuseppe Bellini (Milán, 1954). Como vemos, se trata casi de un torneo, pero justificado por el carácter de la obra.

El libro de Ludwig Pfandl titulado *Sor Juana Inés de la Cruz. La Décima Musa de México. Su vida, su prosa, su poesía* (1ª ed. alemana, 1946; ver traducción española de J. A. Ortega y Medina, México, 1963) ostenta, como rasgo distintivo y espectacular, la aplicación del psicoanálisis a Sor Juana, si bien no me convence mucho de su acierto. Menos llamativo, pero más macizo, me parece el reciente libro de Darío Puccini (*Sor Juana Inés de la Cruz*, Roma, 1967).

Por último, no tan cercanos, pero siempre sólidos, los estudios

de Pedro Henríquez Ureña (*Clásicos de América. II, Sor Juana Inés de la Cruz*, en *Cursos y Conferencias*, de Buenos Aires, 1931, I, Nº 3, págs. 227-249); Karl Vossler (*La Décima Musa de México, Sor Juana Inés de la Cruz*, en *Escritores y poetas de España*, trad. de Carlos Clavería, Buenos Aires, 1947). Finalmente, el capítulo que le dedica Irving A. Leonard en su libro *Baroque Times in Old Mexico* (2ª ed., Ann Arbor, 1966).

De esta manera recorto algo la abundante bibliografía ofrendada a la Monja de México, y donde —claro está— no todo es oro, ni todo se justifica. Aún más, como una consecuencia del carácter del personaje, suelen abundar aquí teorías más espectaculares que fundadas. Algo hemos palpado, en esa dirección.

BALBUENA

Después de Alarcón y Sor Juana, escritores como Balbuena, Oña, Domínguez Camargo, Espinosa Medrano, Caviedes y el P. Aguirre, ostentan más modesta bibliografía.

Sobre Balbuena no contamos, posiblemente, con ediciones ni estudios de acuerdo con la importancia del escritor. Así, echamos de menos una buena edición del *Bernardo*, ya que no siempre es factible recurrir a la 1ª edición (Madrid, 1624) o a la edición de Sancha (3 tomos, Madrid, 1808). Hay otras (la incluida en los *Poemas épicos*, de Rivadeneyra, BAE, XVII, Madrid, 1851; la de Madrid, 1852; la de Barcelona, 1914), pero como digo, falta una buena edición de este poema. (Y no hablemos de la curiosa adaptación que hizo Quintana, en sus *Poesías selectas castellanas*, Segunda parte: *Musa Épica*, Madrid, 1833).

Fuera de sus primeras ediciones, *El Siglo de Oro y la Grandeza Mexicana* aparecen reunidos en la edición que hizo la Real Academia en 1821. Claro que de la *Grandeza Mexicana*, y como una especial retribución, se han hecho varias ediciones en México, y en nuestro siglo (como la que hizo Francisco Monterde, juntamente con selecciones del *Bernardo* y del *Siglo de Oro*; ver 1ª ed., México, 1941). En fin, la edición de John Van Horne (Urbana, Ill., 1930).

Como estudio general y bibliografía, es importante el libro de John Van Horne (*Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica*, Guadalajara, 1940). Especialmente, como biografía. Entre los estudios parciales, cito los siguientes: Francisco Monterde, prólogo a su edición de la *Grandeza Mexicana* (ed. citada); Frank Pierce (en su li-

bro sobre *La poesía épica del Siglo de Oro*, ver trad. de J. C. Cayol de Bethencourt, Madrid, 1961); Juan Bautista Avalle Arce, en su libro sobre *La novela pastoril española* (párrafos dedicados al *Siglo de Oro en las Selvas de Erifile*, la novela pastoril de Balbuena, Madrid, 1959).

Como vemos, Balbuena merece, sin duda, más atención de la crítica. Quiero, por último, destacar en sitio especial una serie de acotaciones de Pedro Henríquez Ureña, gran admirador de Balbuena. Desgraciadamente, aunque Pedro Henríquez Ureña no perdió ocasión para elogiar su obra, particularmente el *Bernardo* (en quien señalaba una auténtica manifestación del "Barroco de América"), no le dedicó el estudio especial y pormenorizado que estaba en condiciones de escribir. (Cf., Prólogo a una selección de Carrillo y Sotomayor, reproducido en *Plenitud de España*, ver 2ª edición, Buenos Aires, 1945; *Barroco de Indias*, en *La Nación*, de Buenos Aires, 23 de junio de 1940; *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Buenos Aires, 1936).

OÑA

Durante muchos años, Pedro de Oña fue conocido casi exclusivamente como autor de una obra de alguna importancia: el *Arauco domado*. La edición de su poema inédito, *El Vasauo*, en 1941 (ver ed. de Rodolfo Oroz, Santiago de Chile, 1941) sirvió para reactualizar su nombre y, fundamentalmente, para completar un perfil literario, ya que el *Vasauo* ofrecía variantes de alguna importancia — un mayor barroquismo — en relación al *Arauco domado*.

Por eso, fuera del ya lejano estudio que incluía José Toribio Medina en su *Historia de la literatura colonial de Chile* (I, Santiago de Chile, 1878, págs. 201 y siguientes) interesan, sobre todo, los trabajos de Rodolfo Oroz (como el prólogo a su edición, y el estudio sobre *Pedro de Oña, poeta barroco y gongorista*, publicado en las *Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana*, I, Salamanca, 1956), de Salvador Dinamarca (*Estudio del "Arauco domado"*, de Pedro de Oña, Nueva York, 1952), y de Víctor Raviola Molina (*Observaciones sobre el "Arauco domado"*, de Pedro de Oña, en la revista *Stylo*, de Temuco, 1967, N° 5, págs. 71-113).

DOMÍNGUEZ CAMARGO

Hernando Domínguez Camargo es uno de los poetas barrocos hispanoamericanos que más ha ganado a través de un conocimiento di-

recto de sus obras y a una labor crítica que corresponde, realmente, a los últimos veinte años.

Como es algo que no admite discusión, puedo decir que inicié esa trayectoria con una selección del poeta (*Domínguez Camargo. Estudio y selección*, Buenos Aires, 1948). Posteriormente se publicaron en Bogotá dos ediciones de las obras completas, de las que hay que destacar la última, iniciada por Alfonso Méndez Plancarte y que salió con el sello del Instituto Caro y Cuervo (*Obras*, Bogotá, 1960). Estos libros permitieron valorar como corresponde a un importante poeta barroco, y mostrarlo como un distinguido gongorista, digno discípulo de tal alto maestro.

Junto a las ediciones, los estudios resaltadores. De ellos menciono especialmente los de Gerardo Diego (*La poesía de Hernando Domínguez Camargo en nuevas visperas*, en la revista *Thesaurus*, de Bogotá, 1961, xvi, Nº 2, págs. 283-310); Joaquín García Peñalosa (en la Introducción a Domínguez Camargo, *Obras*, ed. citada), y, recientemente, el importante libro de Giovanni Meo-Zilio (*Estudio sobre Hernando Domínguez Camargo y su S. Ignacio de Loyola, Poema heroico*, Florencia, 1967).

ESPINOSA MEDRANO

Una consecuencia de la rehabilitación de Góngora por la crítica de este siglo (sobre todo, del Góngora que conocemos, esencialmente, después de 1927) es también la rehabilitación de sus buenos discípulos y panegiristas. Uno de estos, el americano Juan de Espinosa Medrano, más conocido con el seudónimo de "El Lunarejo".

El Lunarejo ostenta claros méritos, y se echa de menos un trabajo detallado sobre su obra escrita, que ofrece, aparte de algunos problemas de atribución no del todo resueltos, testimonios en español y en quechua.

La supervivencia de El Lunarejo se apoya especialmente en el *Apologético en favor de D. Luis de Góngora*. Sería muy útil una edición especial del *Apologético*, con una buena introducción y notas ilustrativas. Mientras tanto, son textos accesibles los que publicó Ventura García Calderón, primero en la *Revue Hispanique* (Nueva York-París, 1925, LXV), y después en *El apogeo de la literatura colonial* [en el Perú] (París, 1938).

Como estudios, destaco los de Luis Fabio Xammar (*Góngora en El Cuzco Virreinal e Influencias gongorinas en Espinosa Medrano*, en el

diario *La Prensa*, de Buenos Aires, 27 de octubre y 1º de diciembre de 1946); Arturo Torres-Rioseco (*El apologético en favor de Don Luis de Góngora*, en *Ensayos sobre Literatura Latinoamericana*, México, 1953), y, sobre todo, el trabajo de Robert Jammes (*Juan de Espinosa Medrano et la poésie de Gongora*, en la revista *Caravelle*, de Toulouse, 1966, Nº 7, págs. 127-142).

Reitero que la importancia de El Lunarejo obliga a pensar en estudios más amplios y hondos, para perfilar como merece esta atractiva figura de las letras coloniales.

CAVIEDES

Si bien Caviedes fue siempre escritor conocido, no cabe duda de que es otro de los escritores de aquellos siglos que ha ganado considerable terreno en las investigaciones recientes. La edición de sus *Obras* hechas por el P. Vargas Ugarte (Lima, 1947) recoge nuevas composiciones (aunque, paradójicamente, se sigue reproduciendo como obra de Caviedes el poema titulado *Lamentaciones sobre la vida en pecado*, que —demostré— no es de Caviedes). Al margen de los aportes textuales del P. Vargas Ugarte, agreguemos los que han hecho Luis Fabio Xammar y D. R. Reedy. Como estudios especiales vinculados a Caviedes menciono los de Giovanni Bellini (*Actualidad de Juan del Valle Caviedes*, en la revista *Caravelle*, de Toulouse, 1966, Nº 7, págs. 153-165), Glen L. Kolby (*Juan del Valle Caviedes*, New London, Conn., 1959) y Daniel R. Reedy (*The Poetic Art of Juan del Valle Caviedes*, Universidad de Illinois, 1962, Tesis Doctoral). En especial, los dos últimos.

EL P. AGUIRRE

La aparición casi coincidente de dos ediciones de sus obras (la que yo realicé: *Un olvidado poeta colonial*, Buenos Aires, 1943; y la que poco después publicó Gonzalo Zaldumbide: *Poesías y obras oratorias*, Quito, 1943) permitió hacer conocer en forma amplia a este buen poeta barroco del siglo XVIII. Es decir, a este que corresponde ya a un momento final en la larga trayectoria del barroco en Hispanoamérica. Claro que, a propósito de las ediciones es justo agregar de inmediato que si Juan María Gutiérrez sólo difundió algunas poesías del P. Aguirre, a él le corresponde el mérito de haber conservado la mayor parte de la obra poética del jesuita americano.

De esta manera, también, los estudios que procuran ahondar en la

producción literaria del P. Aguirre están vinculados a las ediciones y los nombres citados. El de Juan María Gutiérrez, en uno de sus *Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX* (1, único publicado, Buenos Aires, 1865). El de Gonzalo Zaldumbide (con la bibliografía agregada por el P. Espinosa Polit) en las *Poesías y obras oratorias*. Y el mío, en la introducción a *Un olvidado poeta colonial*. En lugar aparte, recuerdo una semblanza de Arturo Capdevila, publicada en el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, no mucho tiempo después de estas últimas ediciones (si bien no puedo precisar la fecha).

RODRÍGUEZ FREILE

Un grupo final (sin dar al carácter de "grupos" un valor diferenciador muy nítido) tiene dimensión más reducida, aunque no insignificante. De todos modos, poseemos hoy ediciones accesibles y buenos estudios sobre casi todos ellos.

Así, en el caso de Rodríguez Freile y su *Carnero*, si resulta rara, hoy, la edición hecha el siglo pasado por Felipe Pérez (*Conquista y Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada...*, Bogotá, 1859) y aun dos hechas a fines del siglo (Bogotá, 1884 y 1890), no lo son tanto otras ediciones posteriores, aparecidas en nuestro siglo (cinco, creo: la de 1926, Ediciones Colombia; la de 1935, hecha por Jesús M. Henao; la de 1942, publicada por la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana; la de la Biblioteca de Autores Colombianos, y la de la Biblioteca de Cultura Colombiana, 1962. Todas, en Bogotá). Como vemos, el *Carnero* es libro de fuerte atracción popular.

Hay también buenos estudios sobre esta obra. Cito los siguientes: Alessandro Martinengo, *La cultura literaria de Juan Rodríguez Freile* (en la revista *Thesaurus*, de Bogotá, 1964, XIX, Nº 2, págs. 274-299), y Eduardo Camacho Guizado, en *Estudios sobre literatura colombiana. Siglo XVI y XVII*. (Bogotá, 1965, págs. 39-56).

TEJEDA

Naturalmente, la personalidad de Luis de Tejada nos interesa de manera especial, ya que es el único autor del Río de la Plata que alcanzó algún nivel en la época.

Por lo pronto, contamos con dos ediciones "legibles": la un tanto lejana de Enrique Martínez Paz (*Coronas líricas. Prosa y versos*, Cór-

doba, 1917), y la más reciente —e importante— de Jorge M. Furt (*Libro de varios tratados y noticias*, Buenos Aires, 1947).

En el caso de Tejeda se hace notar (y me coloco, de nuevo, en la situación particular de argentino) la falta de un libro detallado sobre su obra. Esto no es obstáculo para que puedan citarse algunos estudios parciales (estudios y materiales), como el recogido por Furt en su edición (ya mencionada), el artículo de Osvaldo M. Dondo (*Sobre la poesía de Luis José de Tejeda*, en la revista *Ortodoxia*, de Buenos Aires, 1944, N^o 7) y el de Daniel Devoto (*Escolio sobre Tejeda*, en la *Revista de Estudios Clásicos*, de Mendoza, 1946, II, págs. 144-153).

EL CONDE DE LA GRANJA

Lejos estamos de considerar al Conde de la Granja como un autor leído y, ni siquiera conocido. No ayudan a recordarlo sus obras más ambiciosas (dos extensos poemas épicos), ni, en general, el conjunto de su obra literaria. Creo, sin embargo, que, en autores como el Conde de la Granja, una medida selección puede ayudar a valorarlo. Por lo menos, a dar una idea de sus posibilidades como escritor.

Paralelamente (y siempre dentro de la altura que le asignamos) falta un buen estudio sobre el Conde de la Granja. Dentro de la bibliografía que se ocupa de él y de su tiempo, cito los aportes de José Torres Revello (*Las veladas literarias del Virrey del Perú, Marqués de Castell-dos-Rius*, Sevilla, 1920), José de la Riva Agüero (*Un cantor de Santa Rosa*, Lima, 1919), y Luis Alberto Sánchez (en su obra sobre la *Literatura Peruana*, III, Asunción-Buenos Aires, 1951, págs. 187-191).

SIGÜENZA Y GÓNGORA

Sigüenza y Góngora es hombre que ha merecido cierta dedicación, particularmente de la crítica mexicana y del investigador norteamericano Irving A. Leonard.

De Sigüenza y Góngora poseemos ediciones relativamente recientes de sus *Poemas* (Madrid, 1931), a cargo de Ermilo Abreu Gómez, y de sus *Relaciones históricas* (México, 1940), a cargo de Manuel Romero de Terreros. En fin, es útil la selección lírica hecha por Alfonso Méndez Plancarte, en su edición de los *Poetas Novohispanos* (Segundo Siglo: 1627-1721), Parte segunda, México, 1945.

Estudios básicos sobre la personalidad de Sigüenza y Góngora son los de Irving A. Leonard: *Carlos de Sigüenza y Gongora, a Mexi-*

can Savan of the xvii Century (Berkeley, Cal., 1929), *Ensayos bibliográficos sobre don Carlos de Sigüenza y Góngora* (México, 1929), y el capítulo que le dedicó en su más reciente *Baroque Times in Old Mexico* (2ª ed., Ann Arbor, 1966). Pueden leerse, además, las introducciones de Alfonso Méndez Plancarte, Ermilo Abreu Gómez y Romero de Ferrero, en las ediciones citadas.

PERALTA BARNUEVO

Peralta Barnuevo, como Sigüenza y Góngora, es también autor de producción polifacética. Además, autor que dista hoy del prestigio que tuvo en el siglo xviii.

Dentro de su abundante obra (aun abarcando sólo las de carácter "literario") no resulta fácil, por lo visto, publicar hoy sus obras, éditas e inéditas.

El tributo bibliográfico más valioso de nuestro siglo se debe a Irving A. Leonard, que editó, hace años, tres obras teatrales de Peralta Barnuevo con el título de *Obras dramáticas* (Santiago de Chile, 1937). A apreciable distancia, la inclusión de Peralta como uno de los autores del tomo *Los místicos* (en la Biblioteca de Cultura Peruana, dirigida por Ventura Calderón, París, 1938).

Como estudios, incluyo en la lista el de Irving A. Leonard (prólogo a su edición), y el reciente de Aurelio Miró Quesada (*Ideas peruanas en Peralta Barnuevo*, en la revista *Caravelle*, de Toulouse, 1966, Nº 7, págs. 145-152). En fin, aún pueden leerse con provecho, despuntando algunos prejuicios críticos, el largo trabajo de Juan María Gutiérrez (*Escritores americanos anteriores al siglo xix. Pedro de Peralta*, en la *Revista del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1874, viii, ix y x), y el que le dedica José de la Riva Agüero en *La historia en el Perú* (Lima, 1910, pág. 299 y siguiente).

LA MADRE CASTILLO

Aunque se han hecho algunas ediciones recientes en Colombia, y se han escrito últimamente diversos estudios, poco es lo que ha trascendido la Madre Castillo fuera de su patria.

Como ediciones, menciono la de la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana (*Vida*, Bogotá, 1942; *Afectos espirituales*, Bogotá, 1942) y la de la Biblioteca de Autores Colombianos (*Vida*, Bogotá, 1956; *Afectos espirituales*, 2 vols., Bogotá, 1956).

Como estudios, los de Anton o Gómez Restrepo (en su *Historia de la literatura colombiana*, II, Bogotá, 1940, pág. 39 y siguientes), Daniel Samper Ortega (*La Madre Castillo*, en *Al galope*, Bogotá, 1930), y Darío Achury Valenzuela (*Análisis crítico de los "Afectos espirituales" de Sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo*, Bogotá, 1962). En lugar aparte, la rectificación de Alfonso Méndez Plancarte (*Un libro de Gómez Restrepo y una triple restitución a Sor Juana*, en la revista *Abside*, de México, 1941, v, págs. 451-463).

III

Me he detenido en la consideración de la bibliografía relacionada con los autores principales y sus obras (entendiendo lo de "principales" en forma comparativa) porque este es el basamento sobre el cual debe construirse la visión de una época literaria que suele verse, casi sin excepciones, en forma vaga y a través de juicios repetidos o lugares comunes.

Como ocurre a menudo, abundan las historias generales de la literatura en Hispanoamérica (o hispanoamericana), pero, no sin cierta paradoja, faltan los buenos tributos críticos sobre sus diversas épocas o momentos. Digo esto, aunque en algún caso la historia general presupone buenos enfoques parciales. Claro que este ejemplo es raro...

Concretamente, no poseemos un libro detallado, fundamental, sobre el Barroco literario en Hispanoamérica. Este libro que, por diversas causas, tarda en escribirse. Mencionemos, como corresponde, algunos meritorios intentos previos, con las particularidades correspondientes.

Hay un breve artículo de Pedro Henríquez Ureña, titulado precisamente *Barroco de América* (y publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 23 de junio de 1940). Y, claro está, las páginas que ofrece su libro sobre *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (ver traducción española de J. Díez-Canedo, México, 1949). Agrego, los capítulos de Mariano Picón-Salas, en su obra *De la Conquista a la Independencia* (México, 1944), capítulos de Angel Valbuena Briones, en su obra *Literatura hispanoamericana* (Barcelona, 1962), mejores que capítulos posteriores; páginas de José J. Arrom, en su *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas* (Bogotá, 1963), capítulos de Irving A. Leonard en su libro *Baroque Times in Old Mexico* (2ª ed., Ann Arbor, 1966) ...

En todo caso, aparecen como más sólidos y fundados los estudios

parciales sobre géneros, temas, raíces nacionales, etc., que se vinculan al Barroco en Hispanoamérica.

Así, sobre el teatro contamos con libros como los de José J. Arrom (*El teatro de Hispanoamérica en la época colonial*. La Habana, 1956), Guillermo Lohman Villena (*El arte dramático en Lima durante el Virreinato*. Madrid, 1945) y la edición del P. Rubén Vargas Ugarte titulada *De nuestro antiguo teatro* (Lima, 1943).

En otro sector, con artículos como los de Irving A. Leonard (*Notes on Lope de Vega's works in the Spanish Indies*, en la *Hispanic Review*, de Filadelfia, 1938, VII, págs. 277-293), Everet W. Hesse (*Calderon's popularity in the Spanish Indies*, en la *Hispanic Review*, 1955, XXIII, págs. 12-27), Everet W. Hesse (*Moreto en el Nuevo Mundo*, en la revista *Clavileño*, de Madrid, 1954, V, Nº 27), y otros artículos de Harvey L. Johnson, Dorothy Schons, Irving A. Leonard, etc.

Sobre la novela, aguardamos el estudio de Roberto Esquenazi-Mayo sobre las *Raíces de la novela hispanoamericana* (ponencia presentada en el Segundo Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Nimega, en 1965). Mientras tanto (y mientras se van descubriendo algunas novelas o relatos novelescos coloniales) contamos con estudios parciales como el de Agustín Yáñez (prólogo a Francisco Bramón, *Los sirgueros de la Virgen*, y J. Bolaños, *La portentosa vida de la muerte*, México, 1944), y el de Enrique Anderson Imbert (*La forma "Autor-Personaje-Autor" en una novela mexicana del siglo XVII* [se refiere a *Los sirgueros de la Virgen*] en *Crítica interna*, Madrid, 1960, págs. 19-37).

Sobre la épica, a pesar de sus omisiones, con páginas de libro de Frank Pierce, *La poesía épica del Siglo de Oro* (trad. de J. C. Cayol de Bethencourt, Madrid, 1961), y, ahora, con el capítulo de Giovanni Meo-Zilio sobre *La épica hispana y el "Poema heroico" de Domínguez Camargo* (en su libro titulado *Estudio sobre Hernando Domínguez Camargo y su S. Ignacio de Loyola, Poema Heroico*, Padua, 1967, págs. 201-307).

Sobre la lírica, un más extendido y desigual tributo. Subrayo, especialmente, los volúmenes de Alfonso Méndez Plancarte dedicados a los *Poetas Novohispanos* (3 vols., México, 1942, 1944 y 1945), el libro de José Pascual Buxó sobre *Góngora en la poesía Novohispana* (México, 1960), y el artículo de Dorothy Schons sobre *The influence of Gongora on Mexican Literature during the Seventeenth Century* (en la *Hispanic Review*, de Filadelfia, 1939, VII, págs. 22-34).

En lo que se refiere a las diversas regiones, no cabe duda de que

la mejor estudiada hasta hoy (acorde con su importancia) es México, con recordados trabajos de Irving A. Leonard, Alfonso Méndez Plancarte, Alfonso Reyes, José Pascual Buxó, Dorothy Schons, Pedro Henríquez Ureña, y otros. Quizás la literatura del Perú aparezca con retraso en relación a contribuciones de la crítica. Con todo, sería injusto no recordar aportes del P. Vargas Ugarte, Luis Fabio Xammar, L. J. Cisneros, Irving A. Leonard, Guillermo Lohman Villena, Aurelio Miró Quesada, etc. Sobre Nueva Granada, valen tributos del P. Espinosa Polit, José Manuel Rivas Sacconi, Giovanni Meo-Zilio, Camacho Guizado, Gonzalo Zaldumbide... Sobre Chile, cito especialmente el nombre patriarcal de José Toribio Medina, sobre todo a través de sus obras bibliográficas, no sólo referidas a Chile, sino a toda Hispanoamérica (y que aún, a pesar de los años, siguen siendo útiles). Con posterioridad, el nombre de Rodolfo Oroz...

Hay un sector que no toca directamente a las letras, pero que ofrece un rico material que puede contribuir a aclarar el frondoso terreno de las letras. Me refiero a las artes plásticas del barroco, cuya importancia americana ha sido puesta en claro por diversos especialistas. Pienso, de manera especial, en Sacheverell Sitwell (ver, ahora, *Baroque and Rococo*, Nueva York, 1967), Pál Kelemen (*Baroque and Rococo in Latin America*, Nueva York, 1951), Diego Angulo Iníiguez [Enrique Marco Dorta y Mario J. Buschiazzi] (*Historia del arte hispanoamericano*, II, Barcelona, 1950), Juan de Contreras, Marqués de Lozoya (*Historia del arte hispánico*, IV, Barcelona, 1945).

Repito: si bien no se trata de una materia específicamente literaria, la riqueza de las artes plásticas de la época puede servir, en adecuada comparación, para comprender mejor algunos aspectos de las letras.

Por último, una breve serie de libros que facilitan datos histórico-sociales sobre aquellos siglos coloniales, datos que, en buena medida, nos ayudan a comprender por qué el barroquismo alcanzó tan fácil acogida en estas regiones, y por qué tuvo aquí tan larga vida. Menciono: Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América Hispánica* (México, 1947), Germán Arciniegas, *Este pueblo de América* (México, 1945), Salvador de Madariaga, *Cuadro histórico de las Indias* (Buenos Aires, 1945), Antonello Gerbi, *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo* (Lima, 1944).

Termino esta ya larga lista. No sé si me he olvidado de alguna obra meritoria, pero he procurado que tal cosa no ocurriera. Por supuesto, he omitido muchos materiales superados, o que tienen hoy

un simple valor de testimonio, aunque a veces aparezcan en repetidas bibliografías hechas por acumulación.

CONCLUSION

Por encima de diferentes criterios y métodos, por encima de una labor que, explicablemente, no puede ser pareja, cabe reconocer en nuestros días que hay avances apreciables en la dilucidación de una época literaria como la del Barroco en Hispanoamérica. En su mayor parte, la crítica ensayada entra en lo que, con sentido amplio, llamamos crítica filológica. Menos espectacular, más conservadora que otros métodos, su justificación suele estar, con frecuencia, en la abundancia de nuevos datos, y en interpretaciones de primera mano.

Teniendo en cuenta lo conocido hasta no hace mucho tiempo, hay logros notorios. Que falten trechos por recorrer, es otra cosa.

No me olvido tampoco del carácter especial que aún sigue teniendo una época como la que analizamos. Quizás resulte redundante agregar que los progresos no significan justificaciones para numerosos engendros que nacieron a lo largo de los siglos xvii y xviii, a la sombra de lo que llamamos barroco. Verdad que no. Pero lo que resulta justo y obligado es borrar prejuicios, condenaciones totales y lugares comunes, armas con las que durante más de un siglo se ha manejado una crítica apoyada, esencialmente, en nombres más o menos respetables. Y que si alguna vez pudo justificarse (aunque lo dudo) de ninguna manera merece justificarse hoy.

En fin, con los materiales recogidos, con lo básico hecho (algo muestra precisamente esta bibliografía) y lo mucho que cabe hacer de inmediato, estamos en condiciones de aspirar a un más cabal cuadro de la literatura barroca en Hispanoamérica.

NOTA FINAL

Si bien he dedicado varios libros y artículos al tema (y algunos, como *El gongorismo en América*, han sido frecuentemente utilizados por la crítica posterior) sólo he mencionado en la reseña precedente dos ediciones: la del P. Aguirre y la selección de Domínguez Camargo. Esto es lo único que, aquí, corresponde.

EMILIO CARILLA

University of California